

Juanito era un hombre cordial, espléndido, alegre, bueno y caballero. Figuraba en los primeros planos sociales y desempeñó con acierto cargos políticos, entre ellos el de alcalde de la ciudad. Su único defecto — acaso en él sea preciso buscar la raíz de su muerte — era la afición al alcohol; pero hasta en los momentos de embriaguez conservaba un señorío y una corrección intachables.

Para no terminar con el amargor de su trágico fin, vamos a recoger una graciosa anécdota de la Riva:

Estando al frente de la Alcaldía, publicó un severo bando contra la embriaguez durante las fiestas de Carnaval, para concluir con los frecuentes altercados callejeros. En la noche del Domingo Gordo, en el baile de *La Concordia*, las abundantes libaciones pusieron a Juanito en tan lamentable estado, que hubo necesidad de que dos amigos lo sacaran, para conducirlo a su casa. Al salir a la calle y ver los que le conducían que estaba en ella el jefe de la Guardia Municipal, procuraron desviarse, para impedir que éste se diera cuenta de la situación del Alcalde; pero Juanito había visto también al subordinado y, deshaciéndose rápidamente de los que le sujetaban, llegóse a él con paso inseguro:

—«¿Ocurre alguna cosa?», —preguntó.

—«No hay novedad, señor Alcalde», —dijo el jefe de la Guardia.

—«Pues mucha vigilancia —ordenó la Riva—, sobre todo con los borrachos. Hay que cumplir mi bando: no quiero un solo borracho por la calle. A todo el que vea bebido, sin contemplaciones, sea quién sea, lo encierra en el calabozo».

El asombrado interlocutor apenas pudo balbucir algunas frases de acatamiento, mientras los amigos volvían a coger al Alcalde que estaba a punto de venirse al suelo, para conducirlo a su domicilio en una situación que no podía encajar de manera más absoluta en lo sancionado en su propio bando y en la reiterativa orden verbal.

MIGUEL MUÑOZ DE SAN PEDRO



PARA suscribirse a «ALCÁNTARA»

basta con llamar los días laborables al teléfono
 n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

PERCANCES



Huyó de tu lado
 tu ingrato doncel,
 dejándote el alma
 rebosando hiel.

Temiendo que acaso
 no pueda volver,
 las horas te pasas
 llorando por él.

Deshízose en humo
 tu mágico edén,
 y el oro forjado
 tornóse oropel.

Que tal es la historia
 de más de un querer:
 caricias, reproches,
 y olvido después.

Huyó, pobre niña
 tu amado doncel,
 y a solas batallas
 buscando el porqué.

Y piensas e inquieres
 una y otra vez,
 si es tuya la culpa,
 si lo fué de él.

Y en tu desconsuelo
 no precisas bien,
 si fué su inconstancia,
 si fué tu altivez...

Juzgándole firme,
 no puedes creer
 que tan pronto olvide
 quien amó tan bien.

Mas ¡ay! no te extrañes
 de tal proceder.
 ¡Cuántos se marcharon
 para no volver!

Realidad tan triste
 un misterio es
 que nunca un amante
 podrá comprender.

Y eso que no admites,
 mucho es de temer
 si otra más hermosa
 le rinde a sus pies.

Que ha de ser muy diestra
 la trampa o la red
 que torne a sus mallas
 amor que se fué.

Es cosa muy fácil,
 no lo olvides, pues,
 que en lago de amores
 encalle un bajel.

Es cosa muy fácil,
 bien claro lo ves,
 si la carga es grande
 y es mucho el vaivén.

Corazón amante,
tiranuelo es
que osado pretende
su reino imponer.

Y marchando a ciegas
y dando traspiés,
exige dominios
que quiere absorber.

Son muchos y graves,
no lo sabes bien,
los riesgos que acechan
a todo querer.

Vientos de impacencias
silban por doquier,
que amenazan fieros
las velas romper.

Quejas encontradas
quieren a su vez,
unas imponerse;
otras, no ceder.

Los celos azotan

con furia el bauprés,
y el «ya no me quieres»
irrumpe cruel.

Vacila el cariño,
florece el desdén,
y ya es muy difícil
poderse entender.

Si el galán volviera,
(todo puede ser;
no es ida la huida
del que quiere bien.)
para que la calma
vuelva a renacer
y se troque en mieles
la presente hiel,
las armas de guerra
ambos deponed:
él, de su inconstancia;
tú, de tu altivez.

VICENTE NERIA

Lea Ud.

« ALCÁNTARA »

y propáguela entre sus amistades.
De este modo contribuirá a difun-
dir, dentro y fuera de nuestra re-
gión, las letras extremeñas.

Reflexiones en torno a Fernando el Católico

No queremos hacer la ofensa a nuestros lectores de pretender explicarles el reinado de los Reyes Católicos con acopio de sucesos y fechas, ni vamos tampoco a dar datos de archivos que no están a nuestro alcance. Esto sí, creemos que todos los españoles estamos, en este año del Centenario, un mucho obligados a pensar un poco sobre aquel ejemplar matrimonio.

La brillante realidad de su pasado puede que nos ayude a solucionar problemas, a encontrar causas y a descubrir horizontes futuros.

Asombra la realidad de la genial pareja en un país en el cual constantemente han brillado las individualidades y ha carecido de equipos humanos para las tareas del gobernar, quizás porque sus hombres eran tan de verdad que no solían encontrar par

En el extraordinario conjunto que fueron los Reyes Católicos, se ha dado el caso, también singular, de que la figura femenina en la imaginación popular y hasta en la media, ha oscurecido un tanto injustificadamente a su esposo, cuando la obra de ambos está tan engranada que ningún éxito de Isabel se explica sin las realizaciones de Fernando o viceversa. Y si Isabel fué la tierra, la Madre Castilla, interior, sufrida, maciza, aglutinadora, austera y hogareña, Fernando fué el mar ondulante, flexible, blando y profundo, ancho y ambicioso, siempre desparramado y siempre dueño de sí, espejo de las estrellas y vereda de la rosa de los vientos.

Permitidme una pequeña digresión: El Mar y la Tierra vivieron en el principio de los tiempos tan íntimamente ligados, que no se conocían porque no se diferenciaban. Y dice el Génesis, que un día, Dios, separó las aguas y así ya Mar y Tierra tuvieron diferenciación. Y comenta el poeta que, únicamente, cuando el bueno del Sol, una mañana, enseñó, antorcha en mano, al Mar, las cálidas morbideces de la Tierra, la boca se le hizo deliciosa espuma en la común línea del litoral.

Castilla, la Ricafembra y Aragón, el Clarovarón, hubo un tiempo en que también estuvieron confundidos, sin darse cuenta de sus maravillosas diferencias. Tuvo que venir la separación para que la dama Castilla, viese un día desde cualquier alta torre de algún Madrigal los palos veleros de las naves que iban y venían por el Mediterráneo, ansiosas de ser inundadas por corazones castellanos.

También fué entonces cuando el marinero aragonés de en cada puerto un amor, se percató de que sólo teniendo uno muy seguro, son posibles todas las aventuras.

Por más gentil y decidido fué preferido al portugués y desde en-